

defender un club, les han asestado sus bayonetas al pecho, cometiendo un delito de lesa nación. Muy conmovido el Congreso envía el asunto á la comisión al gobierno interior, la cual decide no pueden domiciliarse los clubistas cerca del Congreso. Así los jacobinos heterodoxos quedaron á la luna de Valencia y tuvieron que dormir al sereno. Los cuitados ponían á mal tiempo buena cara; pero los golpes del destino adverso descargaban sobre sus espaldas con furia. En vano dirigieron peticiones sobre peticiones al Congreso; en vano se arrestaron á una manifestación; en vano metieron algún ruido; el espíritu público, sobre todo, el espíritu popular estaba de acuerdo con los jacobinos y no había nacido quien pudiera contrastarlo. Aquella disidencia murió, porque sus mantenedores se habían entendido con la corte y separado del pueblo: tanta celeridad tomara la revolución en su marcha.

Mientras tanto, prosperan y crecen á la vista los jacobinos verdaderos. Robespierre ha entrado en su verdadera política, en la política de purificación, cuyas consecuencias llevará tan lejos, que, para el fin de purificar á Francia, le recetará una sangría suelta. Ahora, en este momento de la disidencia, todo lo tiene preparado para su dictadura intelectual. El retraimiento en la Cámara de los realistas le sirvió al grande objeto de inclinar la Constitución hacia su lado; el disentiendo de los constitucionales en aquella sociedad, fundada por ellos, le sirve al grande objeto de inclinar hacia su lado la revolución. Así, los recién advenidos á la Legislativa, se van los cuitados hacia él, sin caer en que van á la boca del lobo. Allí aplauden á Condorcet, á pesar de ser aristócrata, porque ha escrito un artículo en favor de la República hermanada con la libertad; aplauden á Dumouriez, á pesar de ser general, porque ha prometido seguir siempre sus consignas; aplauden á Pétion, á pesar de ser alcalde, por haber reemplazado á Silvano Bailly, puesto por los jacobinos de cruel y sanguinario. Cuando aparece Robespierre, no aplauden; sería un desacato á su divinidad; lo adoran. «Ahí tenéis al inmutable, ahí tenéis al incorruptible;» se dicen los unos á los otros. El bien parece una sombra que viene de otro mundo á éste, por lo muy oscuro; y como la muerte de implacable, por lo muy frío. No le habléis de ningún humano sentimiento. Sólo escucha del corazón ajeno aquellos latidos que lo divinizan. Cuando se presenta, le ceden, hasta los más pagados de sí mismo, la presidencia. ¿Quién podía disputársela? Va, con largos intervalos de ausencias calculadas, á las sesiones como un general que revista, muy seguro de su gente, á intervalos prolongados, los guardias. Robespierre tenía dos cosas de profeta: la confianza en sí mismo; el contento de sí mismo; por el cielo no veía más estrella que su estrella; concentrando idea y voluntad en la realización de sus vocaciones, por creerse un predestinado; y, así, creído de que quien le contrariaba, también contrariaba el infeliz al cielo. En esto emparejábese con Calvino. El recelo de todos moviale á sembrar la sospecha contra todos. Porque Brissot se reunía en la iglesia de San Roque con otros varios compañeros del Congreso, á donde Robespierre no

iba, por el disparate que prohibió las reelecciones; el alma de los jacobinos anunció una disidencia, y los obligó á entrar en el seno de la sociedad madre. Así fué absorbiendo poco á poco todas las sociedades disidentes, y alargando sus telas de araña, hechas y urdidas con toda la paciencia de su temperamento retraído y reservado, por todas las regiones de Francia, encendidas y ardiendo en el fuego de la revolución. Así, no quedara ninguna de las asociaciones con crédito ante una tan grande asociación absorbente. Hay una humildísima, en aquel mismo local de los jacobinos, llamada sociedad fraternal, compuesta de mujeres y hombres. Pues á pesar de componerla pobres, y de fundarla un artesano, teniendo por finalidad una tan provechosa como la mutua instrucción cívica, Robespierre, conocedor de su existencia y de sus ocupaciones, hace que le preste homenaje, y ahuyente, para que no le haga sombra de ningún género, á su padre y generador, Dourmer, quien se va perdido y lo abandonan sus consocios, en vista de tal competidor y de tal competencia. Bien es verdad que sus enemigos no daban pie con bola, y lo ponían todo manga por hombro, con especialidad, Barnave. Pudo hacer éste más de lo que hizo por el pacto entre la dinastía y la revolución; pero sin darle á su obra un carácter misterioso, y sin entenderse con la Reina, y sin escribir á Leopoldo, y sin llevar sus adhesiones tan lejos, que parecía caer en la contrarrevolución. Cuanto hizo Barnave lo hiciera por el pueblo, á quien deseaba mantener en la conquistada libertad; lo hiciera por la nación, indudablemente necesitada de que terminara el período de las revoluciones violentísimas; lo hiciera por sus ideales de concordia entre las generaciones pasadas y las generaciones por venir, unidas con el apretado nudo de la Constitución; que á las prerrogativas fundamentales de toda realeza en su integridad, unía los derechos propios del pueblo en su mayor extensión. ¿A qué andarse con misterios? ¿A qué volverse, siendo, como era, soberano, en vulgar conspirador? ¿A qué visitar el Palacio á hurtadillas, como un ladrón que acecha sus ocasiones, y no como un leal consejero que da sus advertencias? En verdad, lo perdió la parte misma de sombra con que asombró y oscureció él su propia obra. Los planes suyos de acabar con el debate constitucional por una inteligencia con Malouet, le dieron un golpe, de cuyos efectos no pudo nunca reponerse. Brissot había llevado á Barnave á una sociedad fundada para redimir los negros; y, frente á esta sociedad y contra esta sociedad, habían los negreros fundado á su vez otra, compuesta de patricios colonos, con objeto de impedir la redención. Y casi un delegado de esta sociedad en el Congreso era Malouet muy realista de suyo, y muy acepto á la corte. Pues con Malouet, el negrero, llegó á entenderse un día el redentor de los negros para terminar los debates constitucionales y hacer la Constitución del Estado. Robespierre lo advirtió en seguida, y lanzó el célebre anatema delatando los traidores al juicio público, en tales términos que no volvió el primer triunvirato jacobino á levantar cabeza; y cogió el acusador para sí la tremenda dictadura del omnipotente grupo y cuerpo revolucionario, que había condensado el sentimiento y la opinión

universal. Muchas alternativas el club tuviera, como ya hemos visto; muchos personajes pasaran por sus sesiones; muchas metamorfosis en su organización, y hasta en su esencia, se operaron; mas desde la hora y punto en que llega el segundo parlamento de la revolución á su palacio, no se oye más voz allí, no se sigue allí más pensamiento, no se obedece allí más voluntad que la voz, la voluntad, el pensamiento de Robespierre. Dominó el club mucho tiempo Barnave; Mirabeau, en su espacio, brilló como un cometa de resplandor deslumbrante y siniestro carácter, dejando estelas de luz y rastros de sombra por los espíritus, á quienes aparecía súbito, como un astro errante; pensó, y expuso las fórmulas de su pensamiento, el profundo Condorcet á sus asociados; lo recreó é indignó Camilo con sus hojas políticas, entre demostenianas y aristofanescas; tronó Dantón en sus oídos arengas breves, parecidas á órdenes de combate; soñaron todos los profetas, y expusieron sus programas inflamados todos los tribunos entre sus espasmos; fueron en busca de una orientación, sin saber dónde iban, los girondinos recién llegados á París, aquellos girondinos, almas hechas para orar en las agoras de Grecia, ó para discurrir en los jardines de Academo, y no para las guerras y luchas políticas; ruisenores de la floresta trocados en alciones de la tempestad; pero allí, á la postre, sólo quedó Robespierre ejerciendo con su acerada palabra fría, pero cortante como el cuchillo de la guillotina, y con su virtud estoica, pero estéril, como todas las que huelen á egoísmo, una incontrastable dictadura desde los momentos terribles en que se reunió la Cámara Legislativa, con sus diputados inexpertos, hasta el trágico momento de su muerte.



CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO-QUINTO

Robespierre y su política

URGOT fué todo este período, con los filósofos, personificador de la evolución progresiva; Mirabeau, con los constituyentes, personificador de la revolución en sus comienzos; Barnave, con los constitucionales, personificador de las reconciliaciones entre monarquía y pueblo; Brissot, con los girondinos, personificador de una República templada que llamaremos hoy conservadora; Danton y Robespierre, con los jacobinos y con los franciscanos, personificadores de la República revolucionaria, dictatorial, guerrera, conquistadora, fuerte, sin escrúpulos, llegando, para vencer la reacción en armas y salvar la patria en peligro, hasta la dictadura del crimen. La figura de Bonaparte, verdadera sucesora de una y otra figura, se compone de ambas, toma el carácter dictatorial de Robespierre y el carácter belicoso de Danton. A estos dos caracteres, hipócrita como el uno, feroz como el otro; con toda la dosis de jesuitismo connatural á la idea jacobina, suma la crueldad del vengativo corso y una dosis alta de maquiavelismo italiano, todo envuelto en el genio más poderoso y más avasallador que han engendrado los siglos. Y como la revolución robespierrista ó dantoniana de un lado, con el imperio napoleónico de otro lado, constituyan el siglo décimonono, á cuya historia consagramos estas páginas, imposible de todo punto esta HISTORIA, sin pararse á contemplar los protagonistas principales, por no decir los generadores de

